

# Atanasio Girardot

Escribe: **ALVARO SALOM BECERRA**

— V —

El odio más allá de la tumba—El drama de una estirpe—Contraste de dos épocas—Retrato de un hombre, un cristiano y un patriota—Invitación al heroísmo.

Pero la noble víscera que solo palpitó por la República y para la libertad, que se dilató con todas las alegrías y se contrajo con todas las desventuras de la patria, no podía reposar allí definitivamente. Consumado el desastre de 1814 y convencidos los patriotas de que habían conquistado a Caracas para siempre, se presenta al palacio arzobispal un buitre repugnante y exige que se le entregue “el corazón del traidor Girardot, para darle el destino que merece”. El arzobispo rechaza indignado la exigencia inaudita. Pero temiendo que se le obligue por la fuerza a entregarlo, hace trasladar clandestinamente la urna cineraria al cementerio de la catedral. El nombre del prelado que, siendo español, evitó valerosamente aquel acto de increíble barbarie, debe ser conocido y recordado. Se llamaba Narciso Coll y Prett.

No es raro que los implacables enemigos del héroe, los que llevaron su odio más allá de la tumba, los que intentaron ultrajar sus despojos, se mofaran del grandioso tributo rendido a su memoria. Pero pasma e irrita que hijos de Colombia, usufructuarios de la libertad que él compró con su vida, lo calificaran y aún lo califiquen de grotesco.

Bolívar ideó un homenaje que tuviera las dimensiones del héroe y la magnitud de su hazaña. Que excitara el fervor de una nación que apenas había recorrido el primer trecho en el largo y abrupto camino de su libertad; que inflamara a los tibios y decidiera a los pusilánimes; que provocara en los ya resueltos el ansia de cobrar la sangre derramada; que, sirviendo de ejemplo y acicate a los jóvenes combatientes, pusiera pavor en el ánimo del enemigo. Y nada podía ser más impresionante ni patético, para despertar esos sentimientos y suscitar esas reacciones, que exhibir el corazón sangrante del joven paladín. El férvido homenaje lleva impreso ciertamente el sello inconfundible del genio.

Para juzgar a los hombres y a sus hechos es indispensable ubicarse geográfica y psicológicamente en el medio en que actuaron y cronológica-

mente en el tiempo que les tocó vivir. El hombre muerto en el Bárbula no era un viejo filósofo alemán ni un adusto profesor de matemáticas nacido a orillas del Támesis; ni murió en su lecho a consecuencia de una vulgar enfermedad senil; ni las gentes que lo rodearon en vida fueron discípulos flemáticos y circunspectos. El hombre muerto en el Bárbula fue una gloriosa planta de la flora del trópico, el producto de una época turbulenta, en la que las pasiones no conocieron freno ni dique; y murió, a los veintidós años, épicamente, en una escena digna de ser narrada por Homero; y los soldados que lo siguieron y las muchedumbres que lo lloraron fueron montoneras analfabetas y bárbaras.

¿Podía, entonces, Bolívar rendir a sus despojos un tributo frío, académico, protocolario? Absuelvan esta pregunta los críticos que se obstinan en confundir lo sublime con lo grotesco.

\* \* \*

Girardot ha muerto. De su alma se ha encargado Aquel cuyo nombre tuvo en los labios permanentemente y cuya ayuda imploró en los combates, en las enfermedades y en el momento supremo del Bárbula. Su cuerpo, que ejecutó todos los esfuerzos y soportó todas las fatigas, descansa, al fin, para siempre. Pero la epopeya no ha terminado. Y no puede terminar mientras su sangre corra por otras venas; porque está escrito que todos los Girardot la viertan por la República.

Es el 29 de abril de 1814. El general Antonio Nariño lucha porfiadamente contra los españoles en el Sur de Colombia. El jefe realista, Aimerich, ha consolidado sus posiciones en Buesaco y las defiende con tesón y denuedo. Las tropas de Nariño logran atravesar el río, pero son vigorosamente repelidas por el fuego enemigo, que las obliga a cruzarlo nuevamente en retirada. La desgraciada acción cuesta la vida a numerosos patriotas. Entre los cadáveres es identificado el de un hombre joven como Pedro Girardot, hijo del ciudadano Luis Girardot. Es el segundo mártir de la familia; la segunda contribución que ella ofrece a la causa de la independencia americana.

Y no termina ahí el drama de la estirpe admirable; aún faltan dos actos, porque viven aún Luis Girardot y su hijo Miguel.

Bolívar llega a Santa Fé de Bogotá después de la catástrofe de 1814. Viene con el fin de informar al congreso sobre sus últimas derrotas y exponerle el plan de sus futuros triunfos. Pero antes que todo tiene un deber que cumplir: manifestar a los padres del héroe todo su dolor y todo el dolor de la República. Se encamina, pues, a la casona de la Tercera Calle Real y allí se realiza una escena que parece arrancada de la historia de Esparta. Luis Girardot y Josefa Díaz presentan al Libertador el único hijo que les queda para que vaya a combatir a su lado. "Se lo entrego —dice la estóica madre— para que bajo sus órdenes mi hijo combata, hasta vencer o morir, por la libertad de la patria". La emoción de Bolívar en aquel instante solo puede equipararse a la que sintió en la tarde nefanda del 30 de septiembre de 1813.

Días después del conmovedor episodio, el Libertador se dirige al secretario de la Guerra del Gobierno General, para decirle:

“Los servicios del coronel Girardot no han quedado bien recompensados. Toda la Nueva Granada y Venezuela lloran su muerte y veneran su memoria; mas las concesiones que se hicieron en favor de su familia han sido renunciadas generosamente en bien de la patria.

“Su padre, a quien la pérdida de dos hijos en el campo de batalla podría hacer desear la conservación del resto de su familia, me ha presentado, luego que llegué, al único varón que le quedaba, con la esperanza de que este jovencito pueda imitar sus virtudes y reemplazar al héroe de Bárbula.

“He apreciado cuanto debía la generosa oblación de este padre patriota; y para manifestarle la consideración a que se ha hecho acreedora su ilustre familia, he dado el grado de subteniente al joven Miguel Girardot y lo he mandado agregar al invicto Batallón de Barlovento. Confío en que aprobándolo el Gobierno General, me permita descargar así una deuda sagrada de la patria”.

Pasan los años y llega el de 1818. El asalto al ejército de Morillo, en Calabozos, ha constituido un espléndido triunfo para las armas libertadoras. Pero es preciso evitar que el enemigo, poniéndose fuera del alcance de los patriotas, pueda reorganizarse e iniciar una contra-ofensiva. Bolívar da la orden de perseguirlo. Los españoles corren desalados, atravesando bosques y llanuras, hacia el Sombrero. Los patriotas los siguen a galope tendido. Es el 17 de febrero y hace ya dos días que no se apean de sus caballos ni prueban alimento. La sed los devora cuando llegan al río. Resuelven aplacarla y tomar liento; Pero una lluvia de balas cae entonces sobre ellos, disparadas por los realistas parapetados en los árboles. Un centenar de muertos y numerosos heridos, entre estos el general José Antonio Anzoátegui y ocho oficiales más, es el saldo de la alevosa emboscada. Uno de los muertos es Miguel Girardot. Es la tercera pero no la última víctima que ofrece a los tiranos la familia procera.

Porque tampoco el padre escapa al trágico destino de sus hijos. Arruinado, perseguido por los perros de presa de Sámano, tiene que huir de Santa Fé, dejando abandonada y sumida en la miseria a la compañera nobilísima que compartió su prosperidad y su infortunio. La jauría le da alcance en Guadualito y, junto con otros patriotas fugitivos, muere cobardemente asesinado.

Ni Sófocles ni Esquilo, ni Shakespeare concibieron una tragedia más intensa ni hermosa. La lengua castellana carece de los vocablos adecuados para exaltar la soberbia grandeza de ese padre, esa madre y esos hijos; para encarecer, como se debe, tanto valor, tanto desprendimiento, tanta abnegación, tanto sacrificio.

\* \* \*

Han transcurrido ciento cincuenta y tres años desde la tarde tristemente gloriosa del Bárbula. Centenares de millones de hombres han nacido y crecido, pensado, amado, sufrido y muerto sobre la tierra. De instituciones que parecían imperecederas no queda ya ningún vestigio. Decenas de coronas y de cetros son simples piezas de museo. Toscos obreros

se han sentado en los tronos de San Petersburgo y Pekín. El mundo ha alcanzado un grado de desarrollo inverosímil. La humanidad que miraba hacia Madrid, Londres o París, tiene una nueva meta: Nueva York y un nuevo ídolo: el dollar, que ha desplazado a Napoleón, a Víctor Hugo y a Goethe.

Mucha agua ha corrido también bajo los puentes del Magdalena. Colombia ha avanzado y crecido entre tempestades y bonanzas, entre charcas de sangre y matas de café, entre humo de fusiles y de fábricas, entre los aciertos y los errores, los triunfos y los fracasos de sus hombres. Durante el siglo XIX jugamos, como chiquillos, a la guerra civil. El deporte favorito de los ciudadanos fue el de derrocar gobiernos, y la principal preocupación de los gobiernos, defenderse de los ciudadanos para sostenerse en el poder. Pero superada la etapa de la infancia y alcanzada la cumbre de la primera juventud, somos hoy una nación políticamente madura y económicamente pujante, colocada, por derecho propio, a la vanguardia de los pueblos de América.

Sin embargo, el más desprevenido observador advierte entre el progreso material y el moral, entre los adelantos de la civilización y los avances del espíritu, entre el desarrollo de la técnica y la capacidad viril de quienes disfrutan sus beneficios, se registra una alarmante proporción inversa.

Los hombres de nuestros días son menos hombres que los de la independencia, menos cristianos, menos patriotas. La masculinidad ha disminuído, el cristianismo se ha enfriado, el culto por la patria ha languidecido; el idealismo, el espíritu de sacrificio, el sentido heroico de la vida, han muerto. Esos villorrios que en los siglos XVIII y XIX fueron Caracas y Bogotá, produjeron a un Simón Bolívar y un Andrés Bello, a un Antonio Nariño y un Rufino J. Cuervo. ¿Estas populosas urbes que son hoy las dos capitales, han producido, serán capaces de producir hombres de esa talla?

Por las calles y plazas de Bogotá transitan afanosamente millares de hombres aparentes; son los mismos pseudo-cristianos que llenan los templos y recitan oraciones mecánicamente mientras su imaginación urde los próximos pecados; y los mismos falsos patriotas que saludan con desgano la bandera y se ponen de pie, displicentemente, haciendo un esfuerzo doloroso, cuando oyen el himno nacional.

Representan, con habilidad de histriones, la comedia de la hombría, de la religiosidad, del patriotismo; pero íntimamente no son hombres ni cristianos ni patriotas, sino seres débiles y cobardes, adocenados y egoístas, dispuestos a capitular ante todas las tentaciones y a contemporizar con todos los delitos. Glotones y lujuriosos, prueban su virilidad en las mesas de las tabernas y en los lechos de los prostíbulos. No los impulsa ningún alto ideal sino que los desasosiega el innoble prurito de acumular monedas para comprar placeres. No los subleva la injusticia ni los exacerba el crimen ni los enardece la iniquidad. Honor, deber, renunciamiento, sacrificio, heroísmo, martirio, son para ellos vocablos anacrónicos cuyo significado ignoran. Sus únicos héroes son los actores de cine y los jugadores de fútbol.

Frente a ese cuadro desolador y amargo, como un fantasma venido de un mundo extraño y remoto, aparece Atanasio Girardot. Su vida y su muerte son una lección de varonilidad, una enseñanza de cristianismo, una cátedra de amor a la patria.

Porque fue un hombre entero, pleno, cabal; no fue simplemente un macho biológico sino un macho moral; su virilidad no tuvo eclipses ni soluciones de continuidad. Hombre, cuando abandonó padres y hermanos, fortuna y tranquilidad; hombre cuando dijo "no" a la esclavitud y al despotismo; hombre, cuando se despojó de su guerrera de oficial de la Guardia Real para vestir el uniforme de soldado de la República; hombre, cuando rechazó, en Monserrate, la limosna de Nariño y la propuesta de una capitulación deshonrosa; hombre, cuando desafió la fatiga y el hambre, los soles del trópico y el cierzo de los Andes; hombre, cuando se batió en Palacé y en Ventaquemada, en la Grita y en el Desembocadero, en Tinaquilla, en Puerto Cabello y en el Bárbula.

Y fue un auténtico soldado de Cristo, que lo llevó en los labios, en la mente y en el corazón. El decálogo fue su ley suprema. Y fue cristiano inclusive cuando Bolívar, en los días de la "guerra a muerte", le ordenó que dejara de serlo. Abominó del pecado y detestó el vicio; nadie pudo acusarlo de un acto de avaricia o de envidia, de lujuria o de gula. A nadie causó mal deliberadamente e hizo todo el bien que pudo. Si empuñó las armas y por su culpa murieron seres humanos, lo hizo en defensa de una causa sagrada. Jesucristo condenó la tiranía y el despotismo y su iglesia considera lícita toda resistencia a la opresión. Amó a Dios sobre todas las cosas y al prójimo más que así mismo. Dio de comer al hambriento de libertad y de beber al sediento de justicia. De haber vivido en la Roma de Domiciano y de Nerón, habría sucumbido, viviendo a Cristo, entre las fauces de una fiera.

Y fue, finalmente un patriota ardiente, apasionado, fanático. La patria fue su primera novia y el único amor de su vida. A ella consagró todos sus pensamientos y acciones, la luz de su cerebro y la fuerza de su brazo. Verla libre del yugo extranjero fue la más grande ambición de su existencia. Y para realizarla, ningún obstáculo lo detuvo, ningún peligro lo amedrentó. Todas las potencias de su alma y todas las energías de su cuerpo estuvieron al servicio de la República. Por ella sacrificó el "divino tesoro" de su juventud, el bienestar que depara la riqueza, el derecho de amar y ser amado, y terminó ofreciéndole el sacrificio de su propia vida. La bandera de la patria fue el lienzo que lo arropó en Palacé, cuna de su gloria, y el sudario que cubrió sus despojos en la cima del Bárbula.

La soberbia armonía de esa vida solo puede ser comparada con la euritmia perfecta de esa muerte. El género humano no puede, ciertamente, ufanarse de haber producido muchos ejemplares parecidos a este héroe cristiano, que fue compendio del valor, resumen de la virtud, sinopsis de la fe, concreción del patriotismo y síntesis de la generosidad.

La juventud de Colombia, los hombres jóvenes de América y del mundo, en los momentos de ofuscación y desconcierto, en las horas de pesimismo y depresión, cuando la derrota los abrume o los anonade el fracaso, cuando su fe vacile y su conciencia titubee, cuando la tentación los incite a re-

volcarse en la sangre del crimen o en el lodo del vicio, cuando se apodere de ellos la fatiga y se sientan vencidos por el desánimo, cuando piensen que el dinero lo es todo en el mundo y crean que la única finalidad de la vida es el placer, cuando vengan nuevos tiranos y la libertad se eclipse, cuando consideren que todo está perdido, deben volver los ojos al Bárbula.

En la cima de ese cerro se alza la colosal estatua que de sí mismo esculpió un joven héroe con el buril de su desnudo y el martillo de su fe.

La sola contemplación de la escultura infundirá valor a los cobardes, decisión a los irresolutos, ánimo a los apocados, fe a los escépticos, entusiasmo a los apáticos, perseverancia a los inconstantes.

El indomable pueblo de Girardot y Córdoba, de Santander y Ricaurte, no puede ser inferior a su pasado glorioso ni desacatar el tácito mandato de los libertadores. Es necesario sacudir el polvo que cubre y afea los laureles del Pantano de Vargas y limpiar el orín que deslustra las espadas de Boyacá; proclamar a todos los vientos del mundo que somos descendientes y herederos de gigantes del pensamiento y titanes de la acción, capaces de repetir su empresa extraordinaria.

Pero hemos de comenzar por cumplir, con relación a los padres de la patria, el cuarto mandamiento de la ley de Dios. Honrarles, sí, pero no con discursos convencionales y estereotipados, en el aniversario de su natalicio, de su muerte o de las batallas que libraron, sino con la recordación permanente de sus esfuerzos y fatigas; con la cotidiana evocación de sus hazañas y sus glorias; con la diaria remembranza de su ejemplo y el propósito firme de imitarlo dentro de la órbita en que giremos y las circunstancias en que nos corresponda actuar.

El heroísmo no es planta que germine únicamente en los campos de batalla; puede y debe también florecer en la universidad y en la fábrica, en la sementera y en el taller. En cada uno de nosotros puede haber un héroe inédito, en espera de una voz que le diga: "Levántate y anda". Los hombres que forjaron la nacionalidad no fueron hechos de una carne distinta de la nuestra; sin embargo, realizaron milagros que nos dejan perplejos y prodigios que nos causan estupor. La diferencia entre lo que ellos hicieron y lo que nosotros no hemos hecho, está en la voluntad.

Para una voluntad heroica no existe el imposible. ¿Si con una voluntad así los mozos de 1810 realizaron el milagro de la independencia, no podrán —con una igual— los jóvenes de 1966 liberarnos de la miseria y emanciparnos de la ignorancia?

Y los que no quieran entender estas cosas, los descastados, los ególatras, los utilitaristas, los que creen que la patria es apenas una oficina de negocios y un lugar de placer, visiten, como simples turistas, el cerro del Bárbula. Allí encontrarán un cicerone que les refiera —aunque ellos no la comprendan— la historia de la estatua de sí mismo que, en ese sitio, concluyó un hombre hace ya muchos años. El cicerone les revelará, además, que ese hombre escribió, con su vida y con su muerte, el más perfecto tratado de hombría, de patriotismo y de moral cristiana y el más hermoso poema épico de todos los tiempos. Les dirá, finalmente, que ese hombre se llamó **Atanasio Girardot**.